

TERCERA PARTE

EL MATERIALISMO DEL SIGLO XVII

CAPÍTULO PRIMERO

Gassendi.

Gassendi renovador del epicurismo.—Preferencia dada á este sistema como el mejor adaptado á las necesidades de la época, particularmente desde el punto de vista del estudio de la naturaleza.—Conciliación con la teología.—Juventud de Gassendi; sus *Exercitationes paradoxicae*.—Su carácter.—Polémica contra Descartes.—Su doctrina.—Su muerte.—Su papel en la reforma de la física y de la filosofía natural.

Atribuyendo á Gassendi la renovación de un concepto completo del mundo, según los principios del materialismo, hemos de justificar la importancia que le concedemos.

Ante todo, haremos observar que Gassendi ha renovado el sistema materialista más perfecto de la antigüedad, el de Epicuro, transformándole según las ideas del siglo XVII, aunque precisamente sea en esta circunstancia en lo que se apoyen para no considerar á Gassendi como un renovador de la filosofía al estilo de Bacon y Descartes y para apreciarle meramente como el continuador de aquel período en el cual se hicieron esfuerzos impotentes para reproducir los sistemas clásicos de la antigüedad (1), desconociendo, al juzgar así, la diferencia esencial que existe entre el sistema de Epicuro y los otros sistemas de la antigüedad con relación á la época en que vivió Gas-

sendi. En tanto que la filosofía dominante de Aristóteles, por antipática que hubiese sido á los Padres de la Iglesia, se fundió casi con el cristianismo durante la Edad Media, Epicuro personificaba el paganismo expirante así como la oposición directa contra Aristóteles; si se añaden las calumnias innumerables que la tradición había acumulado alrededor del nombre de Epicuro, y de las cuales, muy someramente, filósofos perspicaces señalaron la exageración sin lograr que desapareciesen, se habrá de considerar la rehabilitación de Epicuro y la tentativa de restaurar su filosofía como un acto que, aunque no fuera más que por su aspecto negativo y por su sistemática oposición contra Aristóteles, merecía ser colocado entre las más originales empresas de aquel tiempo; pero esta reflexión no es suficiente todavía para comprender la importancia de la obra de Gassendi. No fué por casualidad ni por espíritu de oposición por lo que Gassendi se ocupó de la filosofía y de la persona de Epicuro, sino estudiando la naturaleza en su calidad de físico y de empírico. Ya Bacon, luchando contra Aristóteles, había designado á Demócrito como el filósofo más grande de la antigüedad; y Gassendi, versado en la historia y en la filología, después de haber estudiado todos los sistemas filosóficos de la antigüedad, eligió entre todos ellos, con juicio seguro, aquel que respondía por completo á las tendencias empíricas de su época; el atomismo, tomado de la antigüedad de este modo, adquiere una importancia durable á pesar de las transformaciones sucesivas que sufre por los sabios en las edades que siguieron.

Se ha vacilado en erigir como padre del materialismo moderno al prior de Digne, al sacerdote ortodoxo, al católico Gassendi; pero el materialismo, no obstante de sus afinidades con el ateísmo, no está necesariamente asociado á este último, y así vemos á Epicuro haciendo sacrificios á los dioses; gracias á una larga práctica, los sabios del siglo XVII adquirieron una habilidad maravillosa en

sostener las más excelentes relaciones con la teología; así, Descartes, explicando por sus corpúsculos la formación del mundo, comenzaba por declarar que era incuestionable que Dios había creado el universo de una sola vez, pero que existía gran interés en examinar cómo el mundo hubiera podido formarse por un desenvolvimiento sucesivo, aunque nos conste perfectamente que no hay nada de esto; una vez metidos en la teoría física, no se ve ya, por donde quiera que se mire, más que esta hipótesis cosmogónica que está completamente conforme con los hechos y no deja que desear cosa alguna; la creación divina se convierte desde entonces en una vana fórmula de respeto; lo mismo ocurre con el movimiento: después de haber reconocido á Dios como la causa primera, el sabio no vuelve á preocuparse ya de semejante opinión; el principio de la conservación de la energía por la transmisión continua del impulso mecánico, aunque nada teológico en el fondo, reviste también una fórmula teológica; el prior Gassendi procede del mismo modo. Mersenne, otro teólogo naturalista á la vez que sabio hebraizante, publicó acerca del Génesis un comentario en el cual refutaba todas las objeciones ateas y naturalistas, pero de tal modo, que muchos lectores arrugaban el entrecejo porque el comentador parecía estar más atento á reunir las que á refutarlas; Mersenne, amigo de Gassendi y de Descartes, trató de conciliar las doctrinas de ambos; también era amigo del inglés Hobbes; este último, gran partidario del rey y del clero anglicano, no fué menos considerado como jefe y padre de los ateos.

Es interesante ver á Gassendi, para justificar su actitud equívoca, apoyarse, no en los jesuítas, aunque también pudo hacerlo, sino en el ejemplo de Epicuro. En la biografía que escribió del filósofo griego, se encuentra una disertación prolija que puede resumirse en las siguientes frases: interiormente Epicuro podía pensar lo que quisiera, pero exteriormente tenía que someterse á

las leyes de su país. Hobbes formuló este principio de una manera más enérgica todavía: el Estado tiene un poder absoluto en lo concerniente al culto; el individuo no debe manifestar su opinión, pero puede guardarla interiormente, porque nuestros pensamientos no están sometidos á la voluntad de otro, ni tampoco se puede forzar á nadie para que crea (3). Rehabilitando á Epicuro y restaurando su doctrina, Gassendi no podía permitirse muchas libertades; su prólogo á la biografía de Epicuro deja entrever bastante que le parecía más temerario confesarse epicúreo que dar á luz una cosmogonía nueva (4); sin embargo, su justificación carece de profundidad, distinguiéndose por una dialéctica hábil, pero superficial, táctica con la que se queda mejor con la Iglesia que cuando se trata de conciliar de un modo original y científico las doctrinas de esta última con elementos extraños y aun hostiles.

Si Epicuro era pagano, Aristóteles también lo era, y Epicuro tuvo razón combatiendo la superstición y aun á la religión misma, porque desconoció la religión verdadera; enseñando que los dioses no castigan ni recompensan, y adorándoles á causa de su perfección únicamente, manifestaba una veneración infantil, pero no ramera, y, por consecuencia, una piedad más pura y más semejante á la de los cristianos; los errores de Epicuro deben evitarse cuidadosamente, y Gassendi lo hace en ese estilo cartesiano que ya conocemos con motivo de las teorías de la creación y el movimiento; pero despliega el celo más sincero para reivindicar y favorecer á Epicuro con preferencia á todos los demás filósofos de la antigüedad por la gran pureza de sus costumbres; no se nos discutirá, pues, el derecho de considerar á Gassendi como verdadero renovador del materialismo, tanto más, cuanto que su influencia fué muy considerable en las generaciones que le siguieron.

Pedro Gassendi nació en 1592 en los alrededores de

Digne (Provenza), y era hijo de unos campesinos pobres; de inteligencia precoz, felizmente cultivada, á los diez y seis años era profesor de retórica y á los diez y nueve profesor de filosofía en Aix; en esta época escribió un libro que indica claramente sus tendencias *Exercitationes paradoxice adversus aristoteles*, obra llena de savia juvenil y que es un ataque de los más vivos y arrogantes contra la filosofía de Aristóteles; una parte de este escrito fué impreso primero en 1624, y después en 1645, á instancias de sus amigos, Gassendi quemó cinco partes más, y el sabio consejero del Parlamento, Peirese, hizo que le nombrasen canónigo y de allí á poco prior en Digne. Estas posiciones, que recorrió rápidamente, le obligaron á dedicarse á los más varios estudios; como profesor de retórica hubo de enseñar filología, y es probable que su predilección por Epicuro naciese entonces de la lectura de Lucrecio que desde mucho tiempo atrás era muy estimado por los filólogos; en 1628, Gassendi se encontró en los Países Bajos con Eryceus Puteanus (Dupuy Henri) filólogo de Luvena, quien le regaló un camafeo de gran valor que representaba á Epicuro (5).

Las *Exercitationes paradoxice* debió ser en realidad un libro de una audacia extraordinaria y de una gran sagacidad, y creemos que hubo de ejercer bastante influjo en los sabios franceses, pues los amigos que aconsejaron á su autor quemar las cinco partes restantes, conservaron el recuerdo de su contenido; se concibe, además, que Gassendi sólo consultó á personas cuyas ideas eran semejantes á las suyas, hombres capaces de comprender y apreciar su obra y de conjurar los peligros á que pudiera exponerle; más de un incendio parecido á este prendió y se propagó en secreto y, después de haber permanecido oculto bajo la ceniza, se manifestó súbitamente en otro punto distante. Por fortuna, de las partes destruidas del libro de Gassendi, se ha conservado un sumario por el cual sabemos que en el libro cuarto

exponía el sistema de Copérnico, así como la teoría de la inmensidad del mundo tomada de Lucrecio por Jordano Bruno; como este mismo libro tenía un ataque contra los elementos de Aristóteles, conjeturamos que en él defendería el atomismo, que era lo opuesto de las ideas peripatéticas; además, en el libro séptimo había un elogio de la moral epicúrea.

Gassendi era una de esas naturalezas felices á las cuales se las suele permitir y perdonar lo que en otros no se tolera; el desarrollo precoz de su inteligencia no le hastió, como á Pascal, prematuramente de la ciencia, haciéndole caer en la melancolía; bondadoso y alegre, era bien acogido en todas partes, y, á pesar de la modestia de sus maneras, cedía fácilmente á su inagotable verbo humorístico cuando se hallaba entre amigos; se divertía, sobre todo, á costa de la medicina rutinaria, que se vengó de él harto cruelmente; sin embargo, no carecía de cierta gravedad su carácter; es digno de observar que entre los escritores que le apasionaron en su juventud y le libraron de Aristóteles, al que nombra en primer término no es al espiritual burlón Montaigne sino al piadoso escéptico Charrón y al grave Luis Vives que tenían una lógica severa en la austeridad de los juicios morales.

Lo mismo que Descartes, Gassendi hubo también de renunciar á «sus ideas personales» en la exposición de su concepto del mundo, como tampoco traspasó los límites de las doctrinas de la Iglesia; mientras Descartes hacía de la necesidad virtud y rodeaba el materialismo de su filosofía natural con el amplio ropaje de un idealismo deslumbrante por su novedad, Gassendi permaneció esencialmente materialista y contemplaba con señalado disgusto las mentiras de los que en otro tiempo habían profesado las mismas opiniones que él; en Descartes lo importante es el matemático, y en Gassendi el físico; el primero, como Platón y Pitágoras en la antigüedad, se dejó llevar por las matemáticas hasta el punto de ir con sus conclusiones

más allá de toda experiencia posible; el segundo se mantuvo en el empirismo y, tanto cuanto el dogma religioso lo consintió y no se lo impuso, jamás traspasó los límites de una especulación cuyas teorías más audaces están aún conformes con las suministradas por la experiencia; Descartes erigió un sistema que divide violentamente el pensamiento y la intuición de los sentidos, y que por lo mismo abre camino á las más temerarias aserciones, y Gassendi sostuvo la inquebrantable unidad del pensamiento y la intuición.

En 1643 publicó sus *Disquisitiones ant cartesianæ*, obra considerada como el modelo de una polémica tan fina y cortés como sólida é ingeniosa. Descartes había comenzado por dudar de todo, hasta de la verdad de los datos sensibles, y Gassendi demuestra que es en absoluto imposible hacer abstracción hasta el fin de cada dato sensible, y que, por lo tanto, el *cogito ergo sum* no es en modo alguno la verdad sublime y primera de donde se deducen todas las demás. Y de hecho esa duda cartesiana, de la cual uno se promete un magnífico porvenir *semel in vita* para desembarazar al alma de todas las preocupaciones de que está imbuída desde la infancia, no es más que un juego frívolo de ideas vanas; en un acto psíquico concreto nunca puede separarse el pensamiento de los datos sensibles; pero del mismo modo que calculamos con simples fórmulas, como por ejemplo, $\sqrt{-1}$, sin podernos representar esa cantidad, así tenemos el perfecto derecho de considerar el sujeto que duda, y aun el acto mismo de la duda, como iguales á cero; nada ganaremos con ello, pero tampoco perderemos nada si no es el tiempo empleado en semejantes especulaciones. La más célebre objeción de Gassendi: se puede deducir la existencia de todo acto tan bien como el acto de pensar, se presenta tan naturalmente que se ha repetido á menudo sin conocer á Gassendi y, con no menos frecuencia, se le ha declarado superficial é ininteligible.

Según Büchner, el razonamiento cartesiano equivale á éste: el perro ladra, luego existe; Buckle declara estrecha toda crítica de este género porque se trata de una cuestión psicológica y no de una cuestión lógica, pero á esta defensa benévola se puede oponer este hecho claro como la luz del día: que quien confunde las cuestiones lógica y psicológica es Descartes mismo, y que, separando rigurosamente una de otra, la argumentación se derrumba por su base. La objeción se funda, ante todo, en estas palabras de los *Principia*: *Repugnat enim, ut putemus, id quod cogitat, eo ipso tempore, quo cogitat, nihil esse*; aquí la aserción puramente lógica está empleada por Descartes mismo, lo que provoca la segunda objeción de Gassendi; pero si se quiere sustituirla por la cuestión psicológica, se viene á dar con la primera objeción de Gassendi, á saber: que tal proceso psicológico no existe, ni puede existir, y es puramente imaginario; lo que nos engaña con una aparente razón, es la defensa adoptada por el mismo Descartes, quien funda el valor del argumento en la deducción lógica y cree hallar la siguiente diferencia: en mi argumento, la premisa *yo pienso* es cierta; pero en el argumento *yo voy á pasearme, luego soy*, la premisa es dudosa y, por consecuencia, la conclusión imposible; pero todavía esto es puro sofisma; si yo voy realmente á pasearme, yo puedo sin duda considerar este paseo como la simple apariencia de un hecho en realidad diferente, y otro tanto puedo decir de mi pensamiento considerado como hecho psicológico, pero ya no podré, sin mentir completamente, anular la idea misma de que voy á pasearme como idea de mi propio pensamiento, sobre todo si el *cogitare* de Descartes implica á la vez el *velle*, el *imaginari* y aun el *sentire*; de todas las conclusiones, la menos sólida es la que viene á parar en la afirmación de un sujeto que piensa; como ha observado muy bien *Lichtenberg*: «Podría decirse piensa como se dice trueno; decir *cogito* es ya demasiado cuando se

traduce por *yo pienso*; aceptar y exigir el *yo* es una necesidad práctica» (6).

En el año 1646 fué nombrado Gassendi real profesor de matemáticas en París, donde su numeroso auditorio se componía de hombres de todas edades y de los sabios más distinguidos, habiéndose decidido de mala gana á dejar su residencia meridional; pero como no tardó en presentársele una afección al pecho, regresó á Digne donde residió hasta 1653; de este período de su vida datan la mayor parte de sus escritos acerca de Epicuro, así como la exposición de sus propias doctrinas y, al mismo tiempo que otras muchas obras de astronomía, redactó una serie de biografías muy importantes, entre las que se destacan sobre todo las de Copérnico y Tycho-Brahe; de todos los representantes eminentes del materialismo, Gassendi es el único que está dotado de sentido histórico, y lo está de un modo notabilísimo; en su *Syntagma philosophicum* comienza también por tratar la cuestión históricamente en todos sus aspectos.

En lo que concierne al universo, declara que los principales sistemas son los de Ptolomeo, Copérnico y Tycho-Brahe; desecha desde luego en absoluto el de Ptolomeo; el de Copérnico, dice, es el más sencillo y el que está más conforme con la realidad, pero hay que adoptar el de Tycho-Brahe porque la Biblia admite positivamente el movimiento del sol; observemos, como rasgo característico de aquellos tiempos, que Gassendi, de ordinario tan prudente, después de completar en todos los restantes conceptos su sistema materialista sin enemistarse con la Iglesia, no pudo ni aun rechazar el sistema de Copérnico sin incurrir en sospecha de herejía, respecto á su concepción del universo, á causa de los elogios que dedicaba á este sabio; se comprende, no obstante, hasta cierto punto, el odio de los partidarios del antiguo sistema astronómico al ver la habilidad que tuvo Gassendi, sin atacarle abiertamente, para minar sus fundamentos; en efecto; una de

las aserciones favoritas de los enemigos de Copérnico era ésta: si la tierra se mueve, es imposible que un proyectil disparado al aire en sentido vertical caiga en el cañón de donde ha salido. Gassendi refiere que hizo una experiencia á bordo de un navío que iba á gran velocidad: una piedra, lanzada al aire perpendicularmente, cayó sobre la parte misma del puente donde había sido arrojada; la misma piedra, que se dejó caer desde lo alto de un mástil, vino á dar, verticalmente, al pie del mástil mismo; estas experiencias, que tan naturales nos parecen, tenían una importancia decisiva cuando Galileo acababa de descubrir y publicar las leyes del movimiento, que destruyeron de una vez para siempre el principal argumento de los adversarios de Copérnico.

Gassendi considera el universo como un todo coordinado, pero se pregunta en qué consiste este orden y si el universo tiene ó no un alma; si se entiende por alma del mundo á Dios y si se limita á afirmar que Dios, por su existencia y presencia, conserva, gobierna y por decirlo así lo anima todo, no hay nada que objetar en modo alguno; todos los filósofos reconocen también que el calor se extiende por el mundo entero, y este calor pudiera muy bien llamarse alma del mundo; pero es contradecir los fenómenos reales conceder al mundo un alma que vegeta, siente ó piensa, porque el mundo no da la vida á otro mundo como hacen los animales y las plantas; no crece, ni come, ni bebe para sostener su existencia, y mucho menos posee la vista, el oído y los otros órganos de los seres animados. Gassendi considera el tiempo y el espacio como independientes y existiendo por sí mismos sin ser substancias ni accidentes; allí donde cesan todas las cosas corporales continúa extendiéndose el espacio infinito y, antes de la creación del mundo, el tiempo corría tan uniforme como ahora; por el principio material ó la materia primera hay que entender la materia que ya no puede ser disuelta; así, el hombre se compone de ce-

rebro, pecho, vientre, etc.; estas partes se forman del quilo y la sangre; éstas, á su vez, provienen de la nutrición; la nutrición, de los llamados elementos, y los elementos de los átomos, que son el principio material ó la materia primera; la materia, en sí, no tiene todavía forma; cierto que sin masa material la forma no existe; la materia es el substratum permanente, en tanto que las formas cambian y pasan; así pues, la materia es en sí indestructible é ingendrable; ningún cuerpo puede venir de la nada; todo lo cual no equivale á negar la creación de la materia por Dios; los átomos son todos idénticos en cuanto á la substancia y diferentes en cuanto á la forma.

Los demás detalles acerca de los átomos, el vacío, la indivisibilidad infinita, el movimiento de los átomos, etc., están calcados en Epicuro; sólo haremos observar que Gassendi identifica la pesantez ó peso de los átomos con su facultad natural interna de moverse; por lo demás, el impulso primero de este movimiento ha sido dado á los átomos por Dios, que hizo producir á la tierra y al agua plantas y animales y creó un número fijo de átomos que habian de ser la semilla de todas las cosas; sólo entonces comenzó la serie de producciones y destrucciones que todavía dura y durará ulteriormente. «La causa primera de todo es Dios»; pero la disertación no se ocupa más que de las causas secundarias que dan inmediato nacimiento á todas las modificaciones; el principio debe ser necesariamente corporal; sin duda, en los productos artificiales, el principio motor difiere de la materia, pero en la naturaleza el agente actúa interiormente y es sólo la parte más activa y móvil de la materia; en cuanto á los cuerpos visibles, siempre uno es movido por otro y el átomo es el principio que se mueve por sí mismo.

Gassendi explica la caída de los cuerpos por la atracción de la tierra, pero esta atracción no puede ser una *actio in distans*; si algo de la tierra no se añadiese á la piedra no podría atraerla y ésta no se inquietaría por

nada de aquélla; del mismo modo el imán debe atraer al hierro, aunque de una manera invisible; pero para que no se vea en esta atracción el tiro grosero que hacen el arpón ó el anzuelo, Gassendi lo explica con el ejemplo del niño atraído por la manzana que conoce únicamente por medio de los sentidos (7); recuérdese que Newton, que en este punto siguió las huellas de Gassendi, no imaginó su ley de la gravitación como una acción inmediata á distancia (8). El nacimiento y la desaparición de las cosas no son más que la reunión y separación de los átomos; cuando se quema un trozo de madera, los átomos de la llama, del humo, de las cenizas, etc., han existido ya en una combinación distinta; cualquier modificación es sólo un movimiento de las partes del objeto modificado; lo que es simple no puede modificarse, pero continúa moviéndose en el espacio.

Gassendi comprendió muy bien el lado débil del atomismo: la imposibilidad de explicar por los átomos y el vacío las facultades intelectuales y la sensación; ocupándose de este problema, señala tan claramente como es posible las explicaciones de Lucrecio y procura darlas más fuerzas con nuevos argumentos; no obstante, confiesa que aquí hay algo inexplicable, pero añade que los demás sistemas son igualmente impotentes para vencer tal dificultad, lo que no es del todo exacto, porque la forma de la combinación, de donde resulta el efecto, es algo real para los aristotélicos, y para el atomismo, por el contrario, no es nada. Gassendi difiere de Lucrecio en que admite un espíritu inmortal é incorporeal, pero, como el Dios de Gassendi, dicho espíritu no hace falta alguna dentro de este sistema, que se puede muy bien pasar sin él; Gassendi no se decide tampoco á admitirle para resolver el problema de la unidad, le admite porque la religión lo exige; como su sistema no reconoce más que un alma material compuesta de átomos, es preciso que el espíritu cargue á toda costa con la inmortalidad y la incorporealidad. La manera con

que procede Gassendi recuerda por completo el averroísmo; por ejemplo, las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro, no afectan á la razón inmortal, sólo que ésta no puede manifestarse porque su instrumento está descompuesto; pero en este instrumento reside también la conciencia individual, el yo, que en realidad se halla perturbado por la enfermedad y que no la considera como fuera de sí mismo, punto que Gassendi evita tocar muy de cerca; por lo demás, aun sin estar atado por la ortodoxia, tenía poca propensión á perseguir los detalles de un problema que se alejaba del terreno de la experiencia.

La teoría de la naturaleza exterior, á la cual el atomismo ha prestado grandes servicios, complacía á Gassendi infinitamente más que la psicología, en la que para completar su sistema se contentaba con un minimum de ideas personales, mientras que Descartes, sin contar su concepción metafísica del yo, trató de construir una doctrina original acerca de este asunto. En la Universidad de París, donde entre los antiguos profesores estaba todavía en boga la filosofía de Aristóteles, la juventud hizo cada vez más la causa de Descartes y Gassendi y formó dos escuelas nuevas, la de los cartesianos y la de los gassendistas: los unos querían acabar con la escolástica en nombre de la razón, y los otros en nombre de la experiencia; esta lucha fué tanto más notable cuanto que precisamente en esta época, gracias á una corriente reaccionaria, la filosofía de Aristóteles había recobrado un nuevo esfuerzo; el teólogo Launoy, hombre por lo demás muy sabio y relativamente liberal, exclamó estupefacto al oír exponer las opiniones de su contemporáneo Gassendi: «Si Ramus, Litaud, Villon y Clavius, hubiesen profesado esas opiniones, ¡qué no hubieran hecho á esos hombres!»

Gassendi no pereció víctima de la teología, sin duda porque estaba destinado á perecer víctima de la medicina; un tratamiento de la fiebre, según los procedimientos de

la época, agotó todas sus fuerzas; fué inútil que buscarse momentáneamente en su país natal un alivio á sus males; de regreso á París, la fiebre le invadió de nuevo y trece sangrías acabaron con su existencia; murió el 24 de Octubre á los sesenta y tres años de edad. La reforma de la física y de la filosofía natural, que de ordinario se atribuye á Descartes, es, por lo menos tanto, obra de Gassendi, aunque casi siempre, á consecuencia de la celebridad que aquél adquirió con su metafísica, se le ha atribuido lo que en justicia pertenece á éste; es verdad que la mezcla singular de oposición y de acuerdo, de lucha y de alianza entre los dos sistemas hizo que las corrientes cartesiana y gassendista se confundieran por completo; así, Hobbes, el materialista y amigo de Gassendi, era partidario de la teoría corpuscular de Descartes, mientras que Newton tenía acerca de los átomos la opinión de Gassendi; los descubrimientos que se hicieron más tarde produjeron la unión de ambas teorías, subsistiendo los átomos al lado de las moléculas así que las dos ideas tuvieron el desarrollo necesario, y es indudable que el actual atomismo se ha formado paso á paso de las teorías de Gassendi y de Descartes, remontándose así por sus orígenes hasta Leucipo y Demócrito.